

OTRAS RAZONES

CAMPANILLAZOS DE AZNAR

No hay orden ni concierto en las posiciones del Gobierno y del PP frente a la autodeterminación. El desconcierto proviene del conocimiento defectuoso que tiene Aznar de la nación como realidad objetiva. Los nacionalistas quieren creer, con Ortega y Primo de Rivera, que la nación es un proyecto común que se hace o se construye a voluntad (Pujol, Arzallus, Aznar). Si esta idea subjetivista tuviera fundamento, habría que dar la misma entidad al sugestivo proyecto común de deshacer o deconstruir naciones mal hechas. Hacer y deshacer naciones era el ideal romántico de los filósofos alemanes del XIX que dieron a los pueblos la idea de autodeterminación moral propia de personas.

Los no nacionalistas sabemos que las naciones no se hacen, sino que son involuntarias porque en ellas se nace. No es que neguemos a los vascos el derecho de separarse (cosa que no pueden hacer sin contradecirse los que tratan la nación como proyecto), es que se lo negamos a la propia España. Tan ilegítimo sería un Referéndum secesionista si sólo votaran los vascos, como si lo hicieran todos los españoles. Ser o no ser español no es una cuestión moral que la libertad colectiva pueda decidir. El crimen está en la pregunta. Someterla a discusión en las Cortes, como Aznar pide con ruda jactancia al lendakari, para que se abra un debate suicida de su representación española, negaría la esencia del Sistema. Debatir el sexo de los ángeles sería menos bizantino que dictaminar en las Cortes la condición española de los vascos. La historia impide negarla. La voluntad de renegación, al ser doble negación, la implica.

El señor Aznar ha oído campanas y no sabe dónde. Porque las ha oído, acierta cuando dice que la secesión vasca «no tiene fundamento histórico ninguno». Porque no sabe dónde, comete la torpeza de añadir una retahíla de razones inconvenientes:

1. Ser superflua, al gozar el País Vasco de niveles de autogobierno como nunca había conocido.

2. Ser la finalidad del terrorismo.

3. No respetar las reglas de juego, pues todo que debe ser debatida en las Cortes.

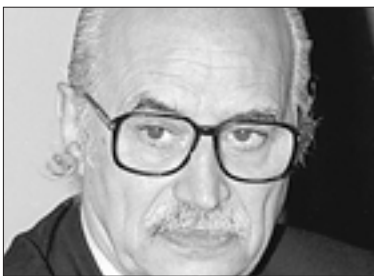
4. No ser ético plantearla a corto plazo, cuando existe el terrorismo.

5. No estar reconocida como derecho en ninguna Constitución del mundo.

6. El derecho de los vascos a decidir su futuro ya lo ejercitan en cada cita con las urnas.

Estas razones oportunistas suponen mala fe intelectual.

El adagio popular «lo bueno que abunda no hace daño», olvida que se torna pernicioso por lo excesivo. Este rosario de razones innecesarias es contraproducente. Se vuelve contra el que lo esgrime tan pronto como dejen de ser actuales. Decir NO ahora, por razones circunstanciales, equivale a decir luego SÍ (o es posible), si los impedimentos desaparecen. El presidente del Gobierno ha dejado entrever una auto-



determinación posible.

Oír campanas y no saber dónde es un refrán significativo de conocimiento erróneo, que cristalizó en la civilización aldeana cuando el ritmo de la vida social lo marcaba el campanario y era peligroso ignorar la procedencia del tañido. Todavía se llama campanil al término vecinal. En Euskadi, el repique por la autodeterminación requiere doblar a difuntos. Cada parroquia oye su toque. Pero los campanólogos de la Transición no fundieron campanas que tocaran a libertad en el sentimiento de España. Y aznar lo sustituye con campanillazos de respeto a lo solemne. Al cura que tenía varias razones para no tocar las campanas en una iglesia sin campanario, lo paró en seco la lógica de que todas ellas sobraban. Como sobran las de Aznar, por la razón suficiente de que la democracia basta para cerrar la puerta que la oligarquía deja entornada a fin de que el toque con sordina de autogobierno no suene, por ahora, a rebato de secesión. Los campaneros de este badajeo anuncian el peligro que ellos crean.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

GLOBALIZACIÓN: TRAMPAS CONCEPTUALES

La reciente cumbre genovesa, junto al increíble espectáculo de la violencia policial, ha levantado una polvareda de opiniones, y tomas de posición en torno a la globalización. Y no dejan de escucharse cosas bastante peregrinas. Así, he oído declarar por la radio a Felipe González, con la rotundidad de quien hace un descubrimiento y desmonta las críticas, que «la globalización es una realidad». Gran revelación que no nos lleva demasiado lejos. Los que estamos en contra de la globalización no pensamos que sea un fantasma. Hay que combatirla porque justamente es real. Tan real y repudiable como la esclavitud, el colonialismo, la explotación. La historia del progreso social es la de la transformación de la realidad.

Pero ¿qué forma de realidad corresponde a la globalización? Manuel Castells, por su parte, en la misma línea, pero matizando algo más, ha escrito que «se trata de un proceso objetivo, no de una ideología». Y aquí se revela la primera de las trampas conceptuales con que el concepto de globalización se plantea. Y que consiste en identificar la política y la ideología de la globalización con la infraestructura tecnológica en que se apoya,



olvidando que ésta permite opuestas formas de gestión. La trampa en que caía también Felipe González, al afirmar en la aludida entrevista que combatir la globalización es como luchar contra el teléfono. Si queremos situar la glo-

balización, diremos que es claramente una política económica, acompañada por una capciosa propaganda ideológica. Define un modo de gestionar y gobernar nuestro mundo, llevando hasta sus últimos límites la tendencia connatural al capitalismo de maximizar los beneficios de las grandes empresas. Para ello se trata de ampliar el mercado, arrumbar las empresas menores y satelizar al propio servicio la obtención de materias primas y la explotación intensiva del trabajo, especialmente en los países del Tercer Mundo. En estos términos no constituye nada realmente nuevo, aunque sí es algo facilitado por dos grandes hechos: el desarrollo de la comunicación y los transportes y, además, la concentración del poder, producida tras la caída del socialismo, la cual permite obligar a los Estados menos poderosos a la apertura de sus fronteras, mediante tratados llamados de «libre comercio». El elemento innovador viene dado por otra dimensión, la más típica de la globalización: la libertad de movimientos de capitales, erráticos en persecución de oportunistas rentabilidades, en una peregrinación capaz de producir catástrofes económicas, como la de los famosos «tigres asiáticos».

La segunda trampa de la globalización consiste en aparentar lo contrario de lo que representa. En efecto, globalizar sugiere conjuntar, extender, superar barreras y aislamientos. Mas ¿se puede decir, en este sentido, que la producción, la riqueza, el poder, la sanidad, la información estén globalizados? Respecto a la producción de alimentos se ha mostrado de qué modo la política de las multinacionales ha destruido economías de subsistencia y hundido en el hambre a los países del Tercer Mundo. Pero no hace falta ir a él, pregunten a nuestros ganaderos y agricultores, a quienes se limita su capacidad productiva para que importemos carne de vacas locas. O se les hace arrancar vides para que compremos vinos del Rhin.

¿Está globalizada la información de los satélites que detectan las reservas naturales, registran conversaciones y movimientos que pueden inquietar a las grandes potencias? Manuel Castells pretende que la ciencia se encuentra globalizada, pero en verdad está concentrada, interesadamente programada y sus resultados de mayor interés económico y militar son custodiados como «alto secreto». Y ¿qué diremos de las armas nucleares, del arsenal destructivo en manos de la OTAN?

Aquello a que estamos asistiendo es a una concentración del poder en todas sus formas y a la extensión de sus tentáculos sobre el planeta. ¿Globalización? Si por tal entendemos la aspiración de los grandes imperios, como recientemente, comentaba José Luis Sampedro, a extender su dominio sobre la tierra, es algo bien viejo, aunque hoy potenciado por la ciencia, la tecnología y la propaganda que los poderes mundiales monopolizan.

Carlos PARÍS

LA PRIMERA PIEDRA

Dicen los populares que las preocupaciones de Aznar no están tanto en el funcionamiento de su Gobierno (mejorable) sino en la situación del País Vasco. El curso político se despide con una importante entrevista, la que va a mantener el presidente del Gobierno con el lendakari. Pocos son los que esperan resultados concretos, pero sí, desde luego, que sea algo más que un obligado contacto institucional, por aquello de que la esperanza es lo último que se pierde. Ciertamente es que el ambiente previo se ha enrarecido con los atentados de Eta o con la perra de la autodeterminación de Ibarreche, en la que subyace, se quiera ocultar o no, la apuesta por el separatismo en un futuro más

o menos próximo. Pero seguro que si se dejaran aparte algunos orgullos mal entendidos el inmovilismo político dejaría de ser tal. El País Vasco necesita un encaje de bolillos político que le encamine hacia el progreso y la primera piedra debería ponerse en esta entrevista. Y más si es cierto que, como dijo Mariano Rajoy hace muy poco, con Eta se puede acabar policialmente. Nadie quiere creer y, por supuesto menos que nadie el propio Aznar, que al PNV no le interese que Eta sea derrotada.



Luisa PALMA

REBOREDO Y SAÑUDO

HAY QUE PREPARARSE
PARA EL CAMBIO:
YO, PARA IR AGOSTUMBRANDOME,
CADA @SA QUE VENDO
LA @BRO PRIMERO EN PESETAS
Y DESPUES EN EUROS

